

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



UN DRAMA EN ALTA MAR

POR  
JOHN BOWERS, MARGARITA DE LA MOTTE, ETC.

N.º 120

30 cts.

O'BRIEN, John B.

*La Novela Femenina  
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Via Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 120

*Un drama en alta mar*

(THOSE WHO DARE, 1924)

Interesantísima película americana interpretada  
por los célebres artistas

JOHN BOWERS, MARGARITA DE LA  
MOTTE y otros.

Exclusivas FENIX

Rambla de Cataluña, 46, pral.

BARCELONA





## *Un drama en alta mar*

---

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

### *Argumento de la película*

---

#### I

Para buscar el descanso después de una vida de rudos trabajos, el capitán Martín Manning había realizado el sueño de oro de todo hombre de mar: tener una casita rodeada de flores arrullada por las olas.

Manning, que había recorrido las rutas de todos los océanos, vivía feliz ahora sin salir de su aldea natal, pueblecillo de pescadores encaramado, como una blanca gaviota, sobre las rocas del acantilado.

Sus únicos amores los constituían Majorie,

la dulce compañera, la mujer amada sobre todas las cosas, y aquellos rosales que trepaban adornando a los blancos muros de la casita y que, al llegar la primavera, la vestían con una túnica fragante de los más gayos y diversos colores. El mismo Manning los había sembrado y veló su crecimiento con la ternura ilusionada con que un padre atiende al desarrollo del hijo bien amado. Porque Majorie, la mujer de Manning, a la que la Naturaleza había otorgado todos los gérmenes de la ventura conyugal, no alcanzó la dicha de que el amor que al esposo la uniera floreciese en sus entrañas en carne viva y palpitante.

Todas las mañanas, cuando el sol despertaba sobre el lecho azul del océano, el capitán salía al jardín a dar los buenos días a sus flores mientras la mujercita amante y diligente preparaba las sabrosas tortas con mantequilla del desayuno.

Aquella mañana, Manning había tenido un serio disgusto. Uno de los rosales últimamente sembrados amaneció seco; lo mató el beso nocturno de la escarcha. Manning lo tomó en sus manos y estuvo a punto de rodar una lágrima de sus ojos sobre aquel marchito embrión de flores.

De su muda y triste contemplación le sacó la llegada de uno de sus convecinos, viejo lobo de mar, que, después de informarse de la salud de la señora Majorie, entregó a Manning una carta de que era portador, quedan-

do en actitud de aguardar respuesta al contenido del escrito.

Manning rasgó el sobre y leyó con creciente sorpresa:

*Capitán Martín Manning*

*Muy señor nuestro: Sabemos que, después de instalarse definitivamente en nuestra ciudad, ha hecho traer a estas playas el bergantín "Golondrina". Usted no ignora que este barco tiene fama de acarrear la desgracia al lugar donde se halla. Le aconsejamos que le haga conducir lejos de aquí si quiere vivir en paz con sus convecinos.*

*En nombre de todos ellos.*

*Silles Jakson*

Manning quedó un momento pensativo como buscando la contestación a aquel absurdo mandato que parecía envolver una más absurda amenaza.

El emisario debía conocer el contenido de la carta porque lo subrayó antes de que Manning hablase.

—La presencia de "La Golondrina" —dijo— ha traído aquí la mala suerte sobre el viejo Johnny Miles que se atrevió a acercarse a ella en su lancha. A poco de desembarcar, resbaló y se ha roto una pierna.

—Lo que tengo que decir sobre "La Golondrina" y sobre el contenido de esta carta—re-

puso Manning sin contestar a las palabras de su interlocutor—, no es para escrito ni para encerrarlo en una breve réplica verbal. Vuelve al lado de tus compañeros y diles que dentro de diez minutos estaré con ellos.

—Bien, capitán. En el Pájaro Azul le esperamos.

Y el viejo lobo de mar se alejó mientras Manning penetraba en su blanca y perfumada casita no sin echar una última y triste-cida mirada sobre el cadáver del rosal helado.

## II

El Pájaro Azul era el único café de aquel pueblecillo colgado en las rocas del acantilado. Allí se reunían para rememorar su pasado y censurar el presente los viejos marinos y pescadores a quienes los años sujetaban ya a la cadena de una forzada inactividad. Los jóvenes pasaban el día en el mar, y cuando regresaban de su rudo trabajo, aun quedaba faena por hacer en la playa entre remendar las redes y restañar el casco herido de las barchas. Y luego, si aun restaban algunos minutos de descanso era mejor tenderse allí mismo, sobre la húmeda arena, cara al cielo, y fumar apaciblemente una pipa, contemplando navegar las nubes, como blancos navíos, sobre aquel otro infinito mar de firmamento intensamente azul.

Cuando Manning penetró en el Cafetín, ya le esperaban impacientes sus convecinos. Se habían reunido unos veinte y mientras aguardaban la llegada del capitán, no dejaron de hacer comentarios acerca de la presencia en aquellas aguas de “La Golondrina”, el bergantín indeseable que, ahora, desde la terraza del

Pájaro Azul, veían mecerse frente a la playa agitando su arboladura sin velamen, indiferente a la animadversión de los viejos marineros.

Manning pudo escuchar a Silles Jackson, el firmante de la carta, que reasumía la discusión habida:

—Ese endemoniado barco conserva todavía su gentileza primitiva. ¡Lástima que tenga tan mala fama!

Al reparar en el recién llegado todos salieron a su encuentro.

—Vengo — dijo Manning — a contestar personalmente a vuestra carta. Quiero librar a “La Golondrina” del odio que le profesáis.

—No son infundadas nuestras sospechas y prevenciones, capitán Manning — repuso Jackson.

—“La Golondrina” está aún en condiciones de navegar. ¿Por qué permanece inactiva?

—¿Y esa es la única razón que os inclinó a escribirme la carta que me enviasteis? — interrogó a su vez Mannig. Y, luego, tomando asiento en medio del círculo que en torno suyo formaban los viejos marineros, añadió:

—Voy a relataros la historia de “La Golondrina”. Y quiera Dios que mis palabras espanten para siempre vuestras necias supersticiones.

### III

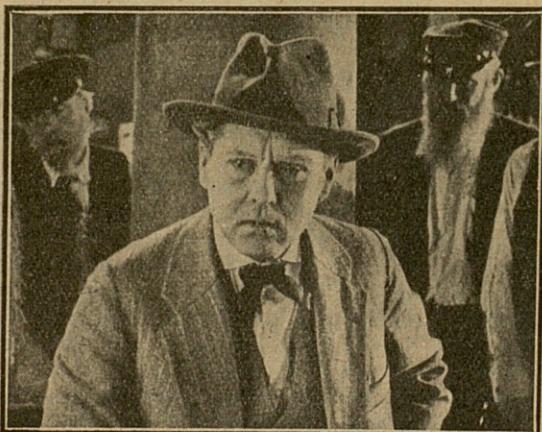
—Todos conocéis — comenzó diciendo Manning — la firma de la casa Anderson Rollins y Compañía establecida en San Francisco de California.

David Rollins, gerente y principal accionista de la casa, después de una larga vida de trabajo consiguió el premio que su esfuerzo titánico merecía, y habitaba, en compañía de su mujer, de su único hijo Harry y de su sobrina Cecilia, una de las residencias más suntuosas de la gran ciudad, emporio del Oeste.

Pero como el destino goza en burlarse de aquellos que se juzgan más felices, una honda y dolorosa preocupación vino a nublar el cielo de dichas que parecía cobijar la ancianidad del matrimonio Rollins.

La causa de esta preocupación, de este eclipse de una ventura a costa de grandes sacrificios alcanzada, era Harry, centro de convergencias de todas las ternuras de aquél hogar; Harry, que, al cumplir los veinte años, cuando, dueño de un flamante título de alférez de navío parecía estar dispuesto a devol-

ver en felicidad e íntimas satisfacciones los bienes que de sus padres recibiera, arrastrado por perniciosas influencias extrañas, cayó en el más peligroso de los vicios modernos en-



—Vengo a contestar personalmente a vuestra carta...

gendrados por una civilización decadente e hipertésica que busca la compensación de su constante agotamiento en el uso y abuso de las drogas estupefacientes.

Harry se había convertido en un cocainó-

mano fervoroso e incorregible que seguía el camino fatal de su propio aniquilamiento sin escuchar los ruegos y consejos de sus padres ni hacer caso de los avisos y prevenciones de la Ciencia.

El mal había alcanzado proporciones tan alarmantes que el matrimonio Rollins determinó adoptar una resolución extrema.

—Es preciso — dijo una noche la señora Rollins a su marido — que advirtamos a la pobre Cecilia de lo que ocurre. Nuestro deber es no ocultarle por más tiempo la dolorosa revelación.

—Si he retrasado — repuso tristemente el rico armador — el momento de hacer a Cecilia partícipe de nuestros dolores, ha sido con la esperanza de que el mal se extinguiese sin que ella lo conociera. Pero puesto que parece que no hay remedio y será preciso recurrir al último extremo, esta misma noche sabrá nuestra sobrina lo que ojalá no hubiese sido preciso decirle nunca.

En aquel momento penetró Cecilia en el salón donde el matrimonio Rollins conversaba. Acababa de separarse de Harry, entregado a un mutismo para ella incomprensible y que en vano trató de romper con las dulces palabras que a su corazón más que a sus labios arrancaba el amor que desde niña sintió por Harry, en cuya arrogante juventud creía Cecilia descubrir todos los atractivos y perfecciones masculinas.

Cecilia, una deliciosa muchacha de diez y siete años, llena de confiada inocencia, había escuchado radiante de gozo y repetidas veces las protestas apasionadas de Harry y creyó sus palabras porque en la simplicidad de su alma virgen no habían vertido aún los engaños la gota amarga de la desconfianza. Para ella no existió más que el presente grato, lleno de risueñas realidades: el cariño paternal de sus tíos y aquel amor correspondido hacia Harry, cascabel de oro que repiqueaba continuamente dentro de su pecho y que hacía sus días felices y poblaba sus noches de encantadores sueños.

Por eso, ahora, la actitud inexplicable retraimiento de Harry le aterraba el corazón con una tristeza jamás sentida y se preguntaba a sí misma cómo pudo agotarse aquel manantial de alegría que hasta entonces creyó inagotable y caudaloso.

La tía la hizo sentar a su lado y el tío David se acercó a ella con el aire compungido de quien, contra su gusto, se dispone a revelar un secreto doloroso.

—Escúchame, Cecilia — dijo tomando una de las manos de su sobrina entre las suyas—. Sé que, desde hace tiempo, tú y Harry os amáis. Pero mi cariño de padre no puede impedirme advertir que mi hijo se halla dominado por un vicio fatal. La cocaína ha llegado a esclavizarle hasta el punto, de que el culto que profesa a la maldita droga le insensibi-

liza para escuchar nuestros consejos y las advertencias del doctor Ganin.

Cecilia no contestó. Pero sus pupilas empañadas por las lágrimas delataban el efecto que aquella revelación producía en su alma enamorada.

El doctor Ganin — continuó el señor Rollins — nos ha indicado que el último y, quizás, eficaz remedio, sería un absoluto aislamiento del enfermo que le impidiese proveerse de ese infernal veneno que degrada su espíritu y acabaría arruinando totalmente su organismo. Aquí, en San Francisco, ese aislamiento sería muy difícil de conseguir. Y, yo, de acuerdo con el médico y con tu tía, he pensado que un largo viaje a bordo de nuestro yate sería el mejor medio de lograr la curación de Harry. Tú vendrás con nosotros y, además, nos acompañarán el doctor Ganin y el capitán Manning, el más experto de los marineros de nuestra flota, a cuyo cargo irá la dirección del yate.

—Ahora, hija mía — concluyó el señor Rollins depositando un beso sobre la rubia cabellera crespa de su sobrina —, procura no dejarte dominar por el dolor que esta revelación precisa haya producido en tu pobre corazón ilusionado. Es necesario que Harry ignore el verdadero objeto de este viaje para no suscitar en él desagradables y perjudiciales rebeldías.

## IV

—Efectivamente — añadió el capitán Manning continuando su relato ante la atención creciente de los viejos marineros que le escuchaban—. Tres días después, emprendimos el crucero a bordo del yate. Y a los dos meses de navegación durante los cuales recorrimos todos los mares del sur, Harry continuaba dominado por su vicio fatal. Era incomprendible para todos el medio que el desgraciado joven ponía en práctica para proporcionarse la droga venenosa. Yo registré repetidas veces su camarote y sus vestidos sin encontrar ningún rastro sospechoso. Además, en las escasas escalas que el yate hizo en su crucero, si Harry saltaba a tierra siempre lo hizo en compañía de sus padres. A bordo, aparte de la marinería correspondiente, muchachos de toda mi confianza, sólo había dos criados de cuyos servicios no quisieron prescindir los Rollins al embarcar. Sobre uno de ellos, el más joven, comenzaron a recaer mis sospechas. Nunca dejaba de bajar a tierra en nuestras escalas y una vez le vi salir furtivamente y a altas horas de la noche, del camarote de Harry.

Decidí hacer un reconocimiento en el departamento de los criados, convencido de que mis sospechas no eran infundadas porque a la mañana siguiente el enfermo volvió a ser víctima de una de aquellas terribles y venenosas embriagueces.

Un suceso inesperado vino a dilatar la ejecución de mis propósitos. Cuando terminaba el desayuno, el segundo oficial vino a anunciar me que desde un bergantín que teníamos a la vista nos hacían señas, como en demanda de socorro.

Mandé echar un bote a tierra y, diez minutos después, me encontraba a bordo del bergantín. La tripulación, de aspecto nada tranquilizador, me recibió con manifiesta hostilidad. Sin embargo, entre aquellos rostros contraídos y patibularios, como el sol entre nubarrones cargados de tormenta, no tardó en aparecer una sonrisa luminosa y franca prendida en los labios de una bella muchacha que cubría la esbeltez de su cuerpo y la gentileza de su rubia cabeza con unos caprichosos atléticos de grumete.

Me acerqué a ella y le pregunté en qué podíamos serles útiles.

—Soy la hija del capitán Tom Whitter — me respondió ruborizándose levemente—. Mi papá está enfermo y desearía hablar con usted. ¿Quiere acompañarme?

Bajamos a la cámara y la muchacha me presentó al capitán Whitter, un viejo marine-

ro encanecido luchando con las olas y los vientos.

Después de los saludos de rúbrica el capi-



*—Soy la hija del capitán Tom Whitter. Mi papá está enfermo y desea hablar con usted...*

tán me hizo sentar a su lado. Y, dirigiéndose a su hija, dijo:

—Te ruego, Majorie, que nos dejes un momento a solas.

Y, cuando el precioso grumete desapareció, continuó:

—Perdone, compañero, que les haya detenido. Pero me encuentro en esa situación bastante crítica. Este bergatín confiado a mi mando, es "La Golondrina", de la matrícula



*...y la muchacha me presentó al capitán Whitter, un viejo marinero encanecido...*

de Sidney. Llevo un rico cargamento de sedería, quizás el mejor negocio de mis armadores. Desgraciadamente, la tripulación, tentada por la codicia y siguiendo las insinuaciones de uno de sus hombres apellidado Smith, que ejer-

ce sobre los demás perniciosa influencia, se halla en latente estado de rebeldía. Me exigen que, antes de arribar a nuestro puerto de destino, toquemos en Tongotabu. Yo me he negado porque, como usted sabe, aquello es un verdadero nido de piratas. Mi negativa ha traído fatales consecuencias. Hace dos días desapareció mi piloto, mi única persona de confianza a bordo. Y, ayer, yo mismo fui herido traidoramente en una pierna. Estoy seguro de que si ustedes no nos ayudan mi hija y yo acabaremos siendo víctimas de esos bandidos.

El breve relato del capitán Whitter me impresionó vivamente. No había duda, después de haber contemplado el aspecto de la tripulación de "La Golondrina", de que el peligro era inmediato y el remedio inaplazable. Así se lo expuse a mi viejo compañero.

—Tranquilícese — le dije — y tenga por seguro que no le abandonaremos en tan apurado trance.

Cuando regresé a bordo del yate, había adoptado ya un partido y sólo me faltaba someter mi decisión a la autoridad del señor Rollins.

—Es preciso — le dije — ayudar a ese bravo marino a recobrar su autoridad. Confiaré a mi segundo el mando del yate y yo quedaré a bordo del bergantín hasta conducirlo a puerto seguro.

Y, luego, añadí ante la estupefacción del matrimonio Rollins y de Cecilia:

—Si me lo permiten, llevaré conmigo a Harry. Esta será la mejor manera de hallar el remedio que a bordo del yate no encontramos. Harry es un bravo muchacho. Y, en cuanto se dé cuenta de la responsabilidad que en el bergantín le corresponde, sabrá cumplir con su deber.

Costó poco trabajo convencer a la señora Rollins y a Cecilia de la conveniencia de aquella separación. Pero, al fin, accedieron seguras de los buenos resultados que con ella podrían obtenerse.

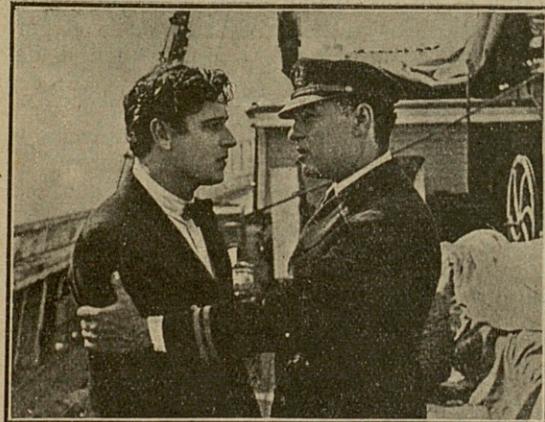
Fuí en busca de Harry, que aún se hallaba bajo la acción de la nefasta droga y lo conduje sin que se diera cuenta de ello a bordo de "La Golondrina". Sólo una hora después de abandonar el yate, cuando su embriaguez se hubo disipado, se hizo cargo de su situación y me dirigió encolerizados reproches.

—Le he traído aquí — le dije por toda contestación — para sustraerle al influjo del maldito veneno que, sé, le suministraba uno de los criados. Ahora no tendrá más remedio que cumplir fielmente la misión que nos está confiada.

—¿Pero el yate...? — indagó él.

—El yate — expliqué — seguirá su rumbo hacia Islandia. Nosotros conduciremos "La Golondrina" hasta Honolulú y nos reuniremos con su familia en Tahití. Y no olvide — con-

cluí — que debemos unificar nuestros esfuerzos, porque le advierto que la tripulación de este barco la componen asesinos en completa rebeldía.



—Le he traído aquí para sustraerle al influjo del veneno que le suministraba...

Como era natural, Harry acabó por resignarse.

—Conforme, Martín — me dijo —. Cuente usted conmigo para todo.

El capitán Whitter nos recibió con la alegría

y agradecimiento que es de suponer y delegó en nosotros toda su autoridad a bordo del bergantín.

La tripulación, como esperábamos, nos recibió con manifiesta hostilidad sobre todo aquél Smith de quien ya me había hablado el capitán Whitter y que desde un principio me inspiró profunda repugnancia. Era un tipo extraño, una especie de indio mestizo, en el cual adiviné, desde luego, un desequilibrio mental producido por no sabía qué causas. Sobre la tripulación ejercía indudable y poderosa fascinación. Poseía y guardaba en la bodega, encerrada en una vieja caja de madera, una serpiente amaestrada a la que hacía evolucionar en torno de su cuerpo y con cuyo mágico poder pretendía ser dueño de las voluntades y del destino.

Desde mi llegada a bordo adiviné que Majorie experimentaba el mismo contentamiento de hallarse a mi lado que el que yo sentía encontrándome al suyo. Pero la situación en el bergantín no era propicia a distraer la atención en nacientes amorios, pues el odio sordo y creciente que la tripulación nos profesaba obligaba a mantenerse en continua actitud vigilante y defensiva. Yo hubiese deseado que Majorie permaneciera siempre cerca de su padre sin el menor contacto con aquellas fieras humanas cuyas solas miradas eran una ofensa para el encanto virginal de la bella muchacha. Pero Majorie me seguía a todas partes des-

obedeciendo mis indicaciones y hasta mis órdenes y burlándose, con encantadora gracia, de mis enojos y reprimendas.

Una noche, Majorie, que carecía de vestuario femenino porque siempre vistió su traje de grumete, consiguió que su padre le revelase el lugar donde guardaba el vestido de novia de la señora Whitter, y se engalanó con aquellas anticuallas, poseída de irresistible coquetería.

Como todas las noches, yo me hallaba en la rueda del timón. La sombra de un cielo anubarrado cubría toda la cubierta del buque. De improviso llegó distintamente a mis oídos el rumor de una conversación mantenida en voz baja, rumor que fué interrumpido por un grito inconfundible de mujer. Abandoné el timón y corrí a indagar lo que ocurría. Mi indignación no tuvo límites cuando descubrí al repugnante Smith tratando de abrazar a la indefensa Majorie disfrazada de damisela del segundo imperio. Me arrojé sobre el bestial encantador de serpientes y del primer puñetazo le hice rodar por tierra. No trató de defenderse. Se incorporó oprimiendo con una de sus manos el rostro dolorido y, mascullando no sé qué amenazas, desapareció por la escotilla.

Tranquilicé a Majorie y la hice sentar a mi lado, junto a la rueda del timón. Hasta el amanecer gocé de su grata compañía y me recreé con su charla ingenua y graciosa.

Aquella noche me convencí de que el destino de Majorie estaba, en adelante, estrechamente unido al mío.

A la mañana siguiente, estando yo sobre cubierta, se me acercó Smith con aire tan sombrío y un brillo tan siniestro en sus ojos criminales, que me apresté a defenderme de una posible agresión. No obstante, él se detuvo a unos pasos de distancia y, con los ojos clavados en tierra, como hacen todos los traidores cuando os hablan, me dijo en tono de suprema osadía:

—Necesito que se me dé un camarote, capitán Manning, que reúna mejores condiciones que el que hasta ahora ocupé. No deben ser todas las comodidades para ustedes los oficiales. También la marinería tiene derecho a la vida.

—Tú puesto, canalla — le repliqué trémulo de indignación —, será desde hoy el rincón más infecto de la bodega.

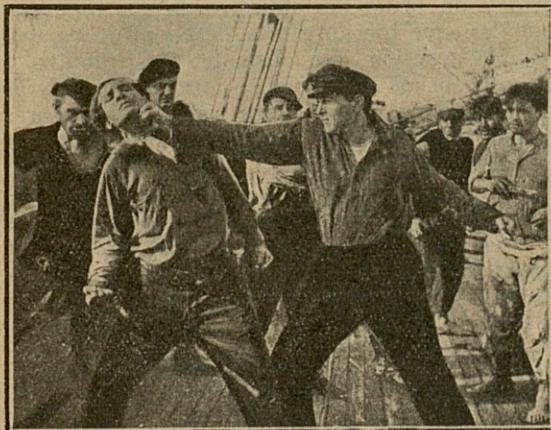
Alzó los ojos para mirarme y masculló con insufrible cinismo:

—Mi puesto, en la bodega; y el de usted al lado de Majorie... ¿no es eso?

No pude contenerme. Me arrojé sobre él y lo golpeé de nuevo. Como la primera vez, no lanzó ni una queja ni trató de defenderse. Se alejó tambaleándose como un ebrio y lanzando chispeantes miradas de odio.

Un nuevo y desagradable incidente se desarrolló aquella misma tarde en la bodega. Ha-

bía yo ordenado que se baldease todo el interior del barco y, como notara cierta resistencia pasiva en la tripulación, bajé dispuesto a imponer mi autoridad.



*No pude contenerme. Me arrojé sobre él y lo golpeé de nuevo...*

No obstante mi prohibición expresa, pocos momentos después, apareció Majorie en la bodega.

—¿No le he dicho que no baje aquí? — le reproché sin poder ocultar mi contrariedad.

—¿Y no le he dicho yo también — me replicó con aquella sonrisa que neutralizaba todos mis enojos — que no me mande lo que no estoy dispuesta a hacer?

Y con gracioso gesto de desafío cruzó ante mí y se puso a curiosear todos los abigarrados objetos amontonados en aquel infecto lugar.

De repente, al levantar la tapa de una vieja caja de madera, lanzó un grito y estuvo a punto de caer desmayada. Rápidamente, saqué el revólver y disparé sobre la caja. Smith lanzó un grito salvaje. La bala había herido de muerte a la mágica serpiente amaestrada. El mestizo se arrodilló junto al cadáver del inmundo reptil y arreció en sus lamentos correado por el resto de la tripulación. Yo, temiendo por Majorie, la obligué a seguirme y ambos abandonamos la bodega. Al poner el pie en el último travesaño de la escala, oí la voz descompuesta de Smith que gritaba:

—Muerta la Sagrada Serpiente ¡quién velará por nosotros? ¡Muerte y maldición sobre el asesino!

Y con un aullar de mar embravecido, repitieron los otros tripulantes:

—¡Muerte y maldición!

Dada la excitación de aquellos lobos sanguinarios, desde el obscurecer extremé la vigilancia. Sin embargo, nada anormal sucedió a bordo durante las primeras horas de la noche.

Se había levantado viento contrario y el

mar comenzaba a encresparse. Yo no abandonaba la rueda del timón. Harry, meditabundo y silencioso, como estaba desde que pisó la cubierta de "La Golondrina", vigilaba, por encargo mío, el sueño de la tripulación.



*...lanzó un grito y estuvo a punto de caer desmayada...*

Hacia las doce comenzó a inquietarme la ausencia de Majorie. Me había prometido hacerme un rato de compañía cuando su padre se retirase a descansar, y era extraño que no hubiese cumplido ya su promesa.

Llamé a Harry y le rogué que empuñase un momento la rueda del timón. Yo bajé a la cámara del capitán Whitter.

La escena que se presentó a mis ojos no pudo ser más insospechada y dolorosa. El cuerpo exánime del viejo marinero aparecía sentado en el sillón que habitualmente ocupaba y su cabeza reclinada sobre la mesa que tenía cercana. Un vaso vacío, en el que su hija le servía todas las noches leche condensada, estaba próximo al caído, también sobre la mesa.

Majorie, arrodillada a los pies de su padre, lloraba desconsoladamente y repetía sin cesar, entre sollozos:

—¡Despierta, papá, despierta! — con un acento tan desolado que bien se adivinaba que la pobre muchacha estaba cierta de no poder arrancar jamás a su padre de aquel sueño fatal en que manos traidoras le sumieron.

No me fué difícil comprobar que la leche apurada aquella noche por el capitán había sido envenenada. Lo que sí resultó bastante más difícil fué consolar a la desgraciada Majorie. Abrazada a mí, oculta su cabecita en mi pecho, pasó la noche sollozando, repitiéndome la súplica de que no la abandonase, pues, muerto el capitán Whitter, nadie le quedaba en el mundo.

A la mañana siguiente, cumplidos los últimos y tristes deberes para con el asesinado capitán, Harry, Majorie y yo, silenciosos y

doloridos, nos retiramos a la cámara. Estábamos ciertos de que el instigador, sino el autor material de aquel crimen, no podía ser otro que Smith. No obstante, decidimos no tomar ninguna resolución, pues, faltádonos sólo dos días de travesía, hubiera sido locura excitar a la tripulación más de lo que ya estaba.

Al atardecer, la tempestad, iniciada la noche anterior, adquirió proporciones alarman tes. Primero Harry y luego yo, subimos a cubierta dejando a Majorie entregada a su justo dolor.

Silbaba el viento con imponente furia y las olas embravecidas castigaban sin tregua los costados del bergantín.

Los hombres de la tripulación se hallaban reunidos a popa y rodeaban a Smith que parecía comunicarles algo importante. Al verme, se separaron y cada uno fué a ocupar su puesto. Sin embargo, su actitud no me pareció nada tranquilizadora.

Encontré a Harry apoyado en la borda, contemplando, acaso sin verlo, el hervor creciente del oleaje.

Indudablemente, su habitual preocupación, era aquella noche más intensa.

—¿Qué le sucede, Harry? — le pregunté arrancándolo de su infructuosa contemplación:

—¡Estos malditos nervios, Martín — me respondió vivamente — que no me dejan des-

cansar! ¡Si tuviésemos a mano algún calmante!

Adiviné su pensamiento.

—Las drogas — repliqué — son los mayores enemigos de la fortaleza. Y no olvide, Harry, que la muerte ronda en torno nuestro.

Le dejé entregado a sus vagas meditaciones y fui a empuñar la rueda del timón.

La furia de la tempestad crecía por momentos. Las olas gigantes saltaban ya la borda y barrían la cubierta del bergantín. Brilló el primer relámpago. Estalló el primer trueno y su eco rodó largo tiempo por la inmensidad del Océano.

Creí descubrir a Harry conversando con un hombre de la tripulación y luego perderse con él en las sombras que todo lo envolvían.

Como el temporal iba en aumento y Majorie se hallaba sola, quise ir en su busca con ánimo de infundirle valor. Pero al disponerme a hacerlo, cual demonios que surgiesen del abismo los hombres de la tripulación invadieron la cubierta y se arrojaron sobre mí. Traté de defenderme, mas fué inútil. Un fuerte golpe en la cabeza me hizo rodar sin conocimiento.

Durante el tiempo que permanecí desvanecido, aquel drama en alta mar adquirió su máxima intensidad.

Smith, que era el hombre que ví conversar con Harry, le atrajo con la promesa de pro-

porcionarle la droga maldita y lo puso fuera de combate con un golpe dado a traición.

Fuera de los amotinados no quedaba a bordo más persona capaz de defenderse que



—*Las drogas son los mayores enemigos de la fortaleza...*

la débil Majorie. Sobre ella echaron suerte los asesinos y el sorteo dió lugar a una disputa en la que Smith halló la muerte.

Cuando el matador se disponía a caer sobre la ambicionada presa, un furioso golpe de martillo abrió ancha brecha en la bodega donde aquel

último y más repugnante acto del drama se desarrollaba. Nadie pensó en otra cosa que en salvarse. El bergantín comenzaba a hundirse lentamente y el agua que inundó la cubierta me hizo volver de mi desvanecimiento.

Al darme cuenta de la situación, mi único afán fué salvar a Majorie. Corré en su busca y lanzándome con ella en un frágil bote conseguí ganar tierra después de ocho horas largas de titánicos esfuerzos.

—Una vez a salvo con Majorie — añadió Manning dando término a su relato — mi primer cuidado fué indagar la suerte de Harry. Y tuve la satisfacción de enterarme de que, cuando "La Golondrina" encalló, sólo a Harry hallaron con vida a bordo de ella. A los seis meses, yo me casé con Majorie y Harry regresó a San Francisco dispuesto a emprender una nueva vida. Se apresuró a poner a flote "La Golondrina" y, durante tres años, navegó con ella por todos los mares. Y, de regreso, sano de cuerpo y de espíritu, casó con su prima Cecilia... He aquí — concluyó Manning — la historia de esa pobre "Golondrina" que tanto odiáis.

Un respetuoso silencio acogió aquellas últimas palabras del emocionante relato.

Después, el viejo Jackson se adelantó hacia Manning y le estrechó largamente la mano.

—Perdone, capitán — dijo—. Reconocemos que "La Golondrina" merece el cariño y la admiración de todo buen marinero, si-

quiera sea por los actos de heroísmo de que fué teatro. Ese valor vuestro y del joven Harry, es mucho más fuerte que nuestra superstición. ¡Quiera Dios que vuestra conducta sirva de saludable ejemplo a todos los hombres de mar!

Y en los ojos cansados que tantas veces sondearon la amplitud infinita del Océano, brillaban ahora dos lágrimas de ternura...

FIN

Con esta novela exija Vd. la postal-obsequio de  
WARNER BAXTER

Próximo número:

**PÁJARO CAUTIVO**

por el simpático Johnny Hines

Postal obsequio: **LOUISE BROOKS**

La Novela Femenina Cinematográfica  
sale todos los viernes. Precio: 30 cts.

!!! ÉXITO !!!

**¡ JUANITO, CORTATE EL PELO !**

por JACKIE COOGAN

BIBLIOTECA Los Grandes Films  
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## *A los Lectores*

**P**IDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

## **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**

**II NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## *A los Corresponsales*

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA